

MARIO MENDOZA

EL
MENSAJERO
DE
AGARTHA



LA COLONIA
DE
ALTAIR

DESTINO

**EL
MENSAJERO
DE
AGARTHA**

MARIO MENDOZA

EL
MENSAJERO
DE
AGARTHA

LA COLONIA
DE **ALTAIR**

ILUSTRACIONES

BOOK AND PLAY STUDIO

DESTINO

© Mario Mendoza, 2025

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2025

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Diseño de cubierta e ilustraciones: © Book and Play Studio, 2025
bapstudio.co

Óscar Abril Ortiz, Alejandro Amaya Rubiano,
Camilo José Rivera, Sebastián Luna Rivera,
Andrés Luna Rivera y Omar Andrés Penagos

Primera edición: octubre de 2016

Primera edición en esta presentación: mayo de 2025

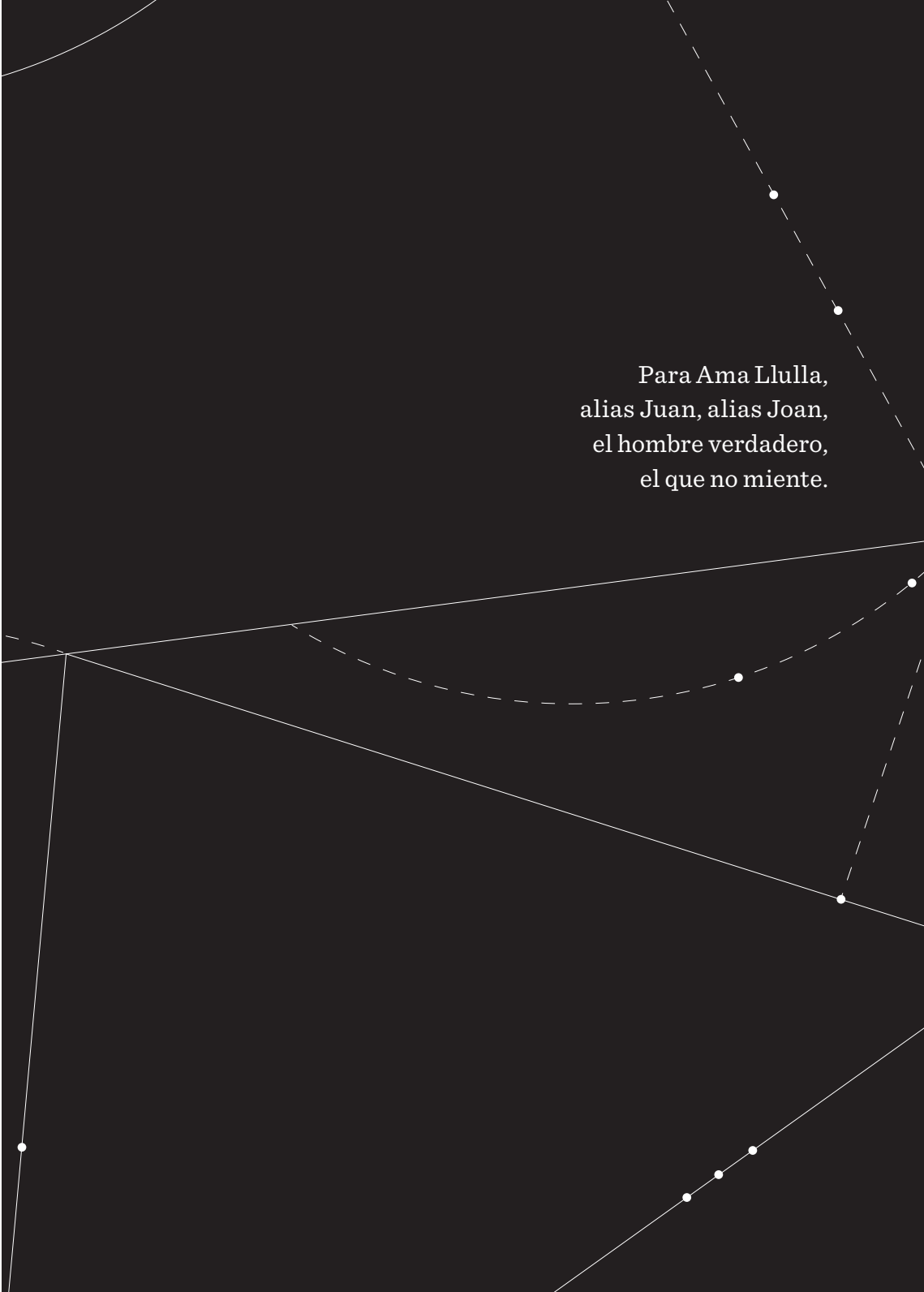
ISBN 13: 978-628-7579-86-6

ISBN 10: 628-7579-86-2

Impreso por: xxxxxx

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

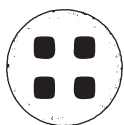
No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

The background is a dark, textured surface. It features several thin white lines, some solid and some dashed, that intersect and curve across the frame. Small white dots are placed at various points along these lines, creating a sense of movement and geometry. The text is centered in the upper right quadrant.

Para Ama Llulla,
alias Juan, alias Joan,
el hombre verdadero,
el que no miente.







CAPÍTULO 1

UNA CABAÑA JUNTO AL MAR

Se acercaba la Navidad y yo creía que me reuniría de manera inevitable el 24 y el 31 de ese mes con mis padres. La reciente separación entre ellos había creado un clima muy raro en mi casa. Se llamaban, hablaban de temas de dinero y de recibos pendientes. Mi padre se quejaba de que yo no quería verlo ni hablar con él; mi madre lo recriminaba por haberse ido con otra mujer, y siempre terminaban gritando y colgando el aparato sin siquiera despedirse. Mi mamá había regresado a dictar sus clases en la universidad, pero cumplía con su rutina como una autómatas; parecía un robot que estuviera programado para enseñarles a los estudiantes. Comía poco, dormía menos y andaba todo el día con unas ojeras que la hacían parecer más vieja, como si de repente le hubieran caído encima diez o quince años más. No me podía imaginar, entonces,

lo que sería la Navidad y el Año Nuevo con ellos dos sentados en la sala sin decirse nada, fingiendo, amargados, y mi padre mirando el reloj para ver en qué momento se podía escapar para ir a reunirse con su novia. En resumen, una pesadilla.

Elvis y yo nos la pasábamos por el barrio de un lado para otro. A veces sacaba la bicicleta y nos íbamos para el parque a jugar un rato. Había crecido mucho y ya no era el cachorro de pastor alemán con cara de huérfano desamparado, sino un perro fuerte y musculoso que me hacía caer al piso con facilidad cuando se me echaba encima. Otras veces yo jugaba fútbol o baloncesto con mis amigos del barrio, y entonces Elvis me esperaba en un costado de la cancha, con las orejas paradas y siempre muy atento a que nada grave me fuera a pasar. Luego regresábamos a la casa a prepararnos un sándwich y a beber té helado recién sacado de la nevera. Mi mamá me tenía prohibido darle té a Elvis, pero yo lo hacía a escondidas, sin que ella se diera cuenta. Al fin de cuentas, el que sabía qué le gustaba a él era yo y no ella. Las vacaciones irían hasta la primera semana de febrero y el tiempo parecía eterno, como si cada día fuera un siglo.

Muchas tardes las pasaba también en el computador o en el MP3 escuchando canciones de Nach, mi rapero favorito. Me gustaba subirme sobre la cama y gritar a voz en cuello, como si estuviera en la tarima de un estadio enorme anunciándome a mí mismo: *Y ahora con ustedes el gran, el famoso, el incomparable Pipe Urban*. Y entonces empezaba a rapear al tiempo que Nach:

«... *Y es que a mi lado nunca has estado
si fui atrapado por mis fantasmas del pasado.*



*En aquel dolor, aquella espera
ni estuviste ni estarás
cuando nací ni cuando muera».*

Y así se iban pasando los días poco a poco en medio del tedio, el deporte y las letras de Nach, que me daban fuerza y me reconfortaban de un modo extraño, como si fuéramos viejos amigos, como si nos conociéramos desde siempre.



Hasta que llegó el timbrazo que me salvó del aburrimiento y de unas fiestas pasadas junto a mis padres.

El tío Pablo llamó una noche y yo contesté.

—Hey, Felipín, ¿qué onda? ¿Cómo van esas vacaciones?

—Ahí, tío, ya te podrás imaginar —contesté yo bajando la voz para que mi mamá no me fuera a escuchar.

—Ese par sigue mal, ¿no? —dijo él en clave, refiriéndose a la separación de mis padres.

—Exactamente.

—Pues te tengo la solución. Voy a irme a Providencia un mes completo a convivir con los pescadores de la isla. Tengo una cabaña de madera. Pero te advierto que no hay lujos de nada. Es un sitio muy humilde. Ni internet ni celulares ni nada. Solo playa, mar, libros y pesca. ¿Qué dices?

—¿Me estás invitando? —casi salto de la dicha.

—Pues claro, Pipe. El objetivo es desconectarnos de todo el mundo y descansar de verdad.

—¿Tú crees que me dejen ir? —dije con temor de que me obligaran a pasar las fiestas con ellos—. Y no te olvides de que yo siempre viajo con Elvis.



—Fresco, yo me encargo. Pásame a tu mamá y yo hablo con ella.

Y así fue, gracias al tío logré el permiso para escaparme del horror de ese diciembre. Mi mamá se entristeció un poco por no tenerme a su lado en Navidad, pero reconoció que un mes en el mar era lo mejor que me podía pasar. Mi padre refunfuñó, dijo que yo parecía hijo de mi tío y no de él, aseguró que me estaba escapando para no verlo, pero al final, seguramente aliviado porque tenía ahora el tiempo libre para compartir con su novia, terminó aceptando mi viaje y me regaló dos pantalonetas y unas gafas nuevas para nadar.

Conseguí los permisos para que Elvis pudiera viajar en regla, los certificados de las vacunas y de que no padecía ninguna enfermedad contagiosa, lo metimos en un guacal y le dimos unas pastillas para que se fuera dormido. En la isla de San Andrés nos quedamos una noche en la posada nativa de Lissy Duke Santana, una isleña simpática que siempre estaba de buen humor y que cocinaba un pescado al ajillo y un rondón (una sopa típica de esa zona caribeña) deliciosos. A la mañana siguiente tomamos la avioneta hasta Providencia, que quedaba a solo veinticinco minutos viajando sobre el mar. Por fortuna, en ese segundo vuelo no tuvimos que dormir a Elvis, que estuvo muy juicioso en su guacal hasta que lo sacamos del avión en medio de una mañana esplendorosa y soleada.

Nunca olvidaré esas semanas en Providencia. La gente de la isla era de una bondad y de una solidaridad que yo jamás había visto. Nos quedamos en una cabaña humilde en la zona de Old Town (Pueblo Viejo) y los vecinos pasaban a saludarnos, a ver qué necesitábamos y nos dejaban tortas de naranja



y dulces de icaco o de pomarrosa. Una hija de pescadores cuya cabaña estaba justo junto a la nuestra, una niña de ojos negros enormes muy despierta e inteligente, que se llamaba Ayesha, pasaba a veces a jugar conmigo y con Elvis. Como los isleños hablan todos inglés, creole y español, pude practicar con Ayesha el pobre inglés que me habían enseñado en el colegio.

Todos los días caminábamos varios kilómetros hasta las playas de Agua Dulce o de Sudoeste. A veces cogíamos mototaxi o nos subíamos en el platón de alguna camioneta, siempre con Elvis entre los brazos para que no se fuera a quedar retrasado o se perdiera. Preparábamos pescado frito en la cabaña, leíamos mucho y conversábamos con el tío sobre la extraña aventura de Villa de Leyva y mi descenso al mundo de Shambala. Dos veces a la semana íbamos hasta Downtown (el centro, donde estaban las oficinas gubernamentales y el puerto) y llamábamos a mi mamá desde un café internet. Su voz me indicaba que seguía durmiendo de día y que sus estados de ánimo no mejoraban.

Los sábados íbamos a la gallera y veíamos cómo los gallos de pelea de la isla de San Andrés se enfrentaban a los gallos de Providencia. En medio del tumulto, de la música a todo volumen y de los dueños y entrenadores de los gallos, la gente de las islas sacaba sus billetes y apostaban fuertes sumas de dinero.

Montamos en lancha, fuimos con nuestras caretas a nadar a Cayo Cangrejo, pescamos con Lemos Walter, el dueño de la casa donde nos hospedábamos, y sobre todo aprendimos a vivir así, sin electrodomésticos, sin lujos, sin carro, sin hacer alarde de la posición social ni del dinero. Una noche, mientras comíamos pescado frito en nuestras respectivas hamacas, el tío me dijo:



—Es bueno de vez en cuando alejarse del mundo de la ciudad, que nos esclaviza sin que nos demos cuenta de ello. Vivimos presos del televisor, de los computadores, de los celulares. Es sano recordar que podemos vivir sin ellos.

En la medida en que iban pasando los días me sentía más fuerte, más concentrado en mí mismo, con más aguante. La pésima separación de mis padres era algo que yo veía cada vez más desde lejos, como si se tratara de dos extraños, de personas que no tenían nada que ver conmigo. Empecé a comprender que lo sucedido pertenecía a la vida de ellos, y que yo tenía mi propia vida, que yo era un ser aparte, y que mi deber era construir una existencia amable y grata en la medida de lo posible.

Poco antes de regresarnos a Bogotá el tío me dijo que teníamos que ir al cementerio de Fresh Water (Agua Dulce) a buscar una tumba.

—¿Una tumba? —le dije intrigado.

—Es un escritor muy importante de ciencia ficción que murió aquí, en Providencia —me respondió el tío muy serio—. Se llamaba René Rebetéz y, después de vivir en distintos lugares del mundo, decidió terminar sus días en esta isla junto al mar.

Y en efecto, esa misma tarde estuvimos caminando por entre las tumbas del cementerio buscando la sepultura de ese hombre que mi tío admiraba tanto y cuyos libros le habían cambiado la vida. Después de un buen rato, por fin, vimos una lápida entre la hierba crecida y leímos su nombre inscrito en ella. El mar se divisaba a lo lejos. Decía su epitafio:

CABALLERO DE LA MAR
ESCRITOR Y FILÓSOFO DE LA LUZ



RECORRIÓ CAMINOS
VIVIÓ CABALMENTE.

Y abajo remataba una frase en letras más grandes:

TODAVÍA HAY MÁS

Finalmente, pegado a la lápida, había un tablero de ajedrez tallado en piedra. Mi tío me explicó:

—El ajedrez se trata no solamente de que la vida sea una guerra en donde debes saber mover tus fichas correctamente. Se refiere también a los enfrentamientos internos, Pipe, a cómo debes jugar bien contra ti mismo y vencerte, doblegarte, ir más allá de tus propias fragilidades.

No estaba seguro de haber entendido qué me quería decir el tío.

—¿Sabes una cosa, Pipe? —me preguntó con afecto mientras me pasaba la mano por la cabeza.

—¿Qué, tío?

—Anoche tuve un sueño muy extraño.

—¿Una pesadilla?

—No, para nada... Te vi junto a unas excavaciones que parecían estar en algún lugar del extranjero... Creo que pronto volverás a viajar conmigo...

—Ojalá, tío —dije cruzando los dedos, pues la verdad era que yo era muy feliz estando a su lado.

No sabía en ese momento que el sueño del tío era profético y que a las pocas semanas estaría con él enfrentando una aventura aún más misteriosa que las anteriores.







